

Manuel Gutiérrez Nájera: la crónica como utopía

CARLOS MONSIVÁIS

RESUMEN. En este ensayo se nos presenta a un Gutiérrez Nájera inmerso en un afán utópico por “educar” a la nación mexicana e imbuirla en el mundo de la literatura, el teatro y la cultura en general. El periodismo aparece como el camino más viable para llegar a una sociedad llena de “prisas”, que pareciera no tener tiempo para leer más que un periódico, y donde la mayoría de su población es analfabeta. La crónica, es para Gutiérrez Nájera, un arma informativa y formativa a la vez; se delinea también a un cronista cosmopolita con una identidad profundamente nacional.

Aventuro una hipótesis: si algo señala ideológica y políticamente a Manuel Gutiérrez Nájera, más que el porfiriato, es la República Restaurada, ese breve período de creencia en la unidad profunda y venidera de México, en la construcción de un ánimo cultural que facilite y le dé sentido a la nación nueva. En 1875, al iniciar, el adolescente, Gutiérrez Nájera su vida de trabajos forzados en la prensa, la República Restaurada, de un juarismo civil por así decirlo, mantiene aún su filo utópico, donde, en su proyecto de reconciliación de las banderías, las letras son la vanguardia nacional. En eso creará Gutiérrez Nájera en sus dos décadas de labor intensísima: es la palabra escrita la que funda las instituciones más entrañables; es la palabra escrita la que traza el sentido (la que obliga al futuro) de una sociedad que al leer halla lo mejor de sí misma. Si no con la deliberación que ahora le adjudico, sí con la fe acumulativa de sus miles de páginas, Nájera convierte a la escritura en la forja esencial de los pueblos. Como los demás escritores de la segunda mitad del siglo XIX, él también considera a la literatura el molde más estricto de la patria.

¿Cómo si no? En México, en los años de las crónicas del Duque Job, la mayoría de la población es analfabeta, la barbarie se reproduce en todas partes, la mano dura es la gran señal de gobernabilidad, al atraso se le contempla desde el fatalismo. Quienes leen y quienes escriben representan, por el solo hecho de hacerlo, la configuración del país distinto. El culto religioso al arte, en ese contexto, además de ser empresa de secularización, es utopía en un sentido estricto: el deseo de arraigar en lo que no existe. “El arte —afirma Gutiérrez Nájera— purifica al hombre porque lo acerca a la belleza, que es Dios”. Y en su perenne tono exaltado, en su idolatría por el arte, llega al clímax: “Para nosotros, lo bello es la representación de lo infinito en lo finito; la manifestación de lo extensivo en lo intensivo; el reflejo de lo absoluto; la revelación de Dios”.

¿A qué alude este “nosotros”? A quienes, desde la escritura, llaman a diario a la defensa de lo todavía no establecido, de ese paraíso que es la vivencia de lo sublime. Y aquí conviene recordar que, no obstante sus quejas y sus maldiciones y su sentirse esclavo en las galeras, Gutiérrez Nájera jamás descrea del periodismo, entonces, en un medio sin editoriales, la literatura posible. Pese a la prisa y a la imperiosa necesidad de repetirse o de abordar todos los temas, él deposita en su impulso prosístico la ambición literaria. “El arte es nuestro Príncipe y Señor”, declara, y la dicha de vivir se transparenta de modo óptimo en la literatura, en donde la dicha de vivir se encarna: “Y para obedecer ese mandato, galanteamos la frase, repujamos el estilo, quisiéramos, como diestros batihojas, convertir el metal sonoro de la lengua, en tréboles vibrantes y en sutiles hojuelas lanceoladas”.

El gran reto de Gutiérrez Nájera fue el arribar a la literatura aun en la impiedad de la tarea periodística: “Yo, el más criminal, porque era el autor de más artículos”, apunta en su evocación del bautismo de la revista *Azul* “Yo, el más criminal”, es decir, “yo, el que ha dilapidado sus dones posibles y ciertos en la velocidad de las colaboraciones periodísticas; yo, que he dejado sin su brillo exacto a la palabra por mí emitida”. Pero con todo, “yo, el que se percibe como criminal desde la escritura”.

Él y su amigo y socio Carlos Díaz Dufoo, presidiarios del diarismo, que arrastran la misma cadena, se saben atados al potro de la belleza imperfecta o allí inalcanzable, y sin embargo persisten.

No, no era fácil evadirnos; no lo es ahora; acaso nunca lo será. Vamos remando en las galeras de la prensa sin columbrar de cerca tierra firme; y arrojarse al agua, fuera, sin duda, perecer. Además, no estoy cierto de que en realidad queramos evadirnos. La mancha de tinta que dejó la pluma en nuestros dedos, es indeleble como la mancha de Lady Macbeth... Amamos nuestra enfermedad, como Alfred de Musset amaba la suya, cuando Sor Marcelina le servía de enfermera (En *Revista Azul*, 17 de junio de 1894).

El periodismo: enfermedad asumida como deleite divino. Para Gutiérrez Nájera, como para la mayoría de los escritores de su época, el periodismo es condena y espacio redentor. Y es desde luego, la oportunidad para la autocrítica más feroz. En una carta a Luis G. Urbina, director de *La Revista Ilustrada de Nueva York*, analiza sin piedad su propia obra:

Estos artículos míos siempre han vivido vida de hotel u hospedera... No tienen tiempo de leer obras ajenas, y como sólo se leen a sí mismos, cada día están más ignorantes y más necios. Y los llama imperativamente un asunto político, y los requiere el teatro, y la novela nueva o la flamante colección de versos; ora se lanzan entre los amigos refidores para separarlos, ora asisten a alguna fiesta religiosa; y todo aprisa, inopinadamente... No, estos artículos mal vestidos, mal peinados, estos artículos que no leen; estos artículos cansados siempre de sus perennes correrías y de sus audacias sempiternas, no son para *La Revista Ilustrada* de usted, amigo mío (Diciembre de 1980 en *Obras I*).

En el periodismo los escritores de fin de siglo desgastan su talento y allí lo ejercen, y valga una cosa por la otra. El periodista no es el genio, pero usa del método que lo compensa por el desconocimiento de lo genial. Escribir con amenidad y dis-

ciplina, es educar a individuos y familias, es cohesionar a la nación. Y esta conciencia múltiple de los deberes le es indispensable a quienes por su condición privilegiada de escritores, se saben destinados a la enseñanza de las generaciones. De las crónicas de Nájera se desprende también la certidumbre de su gremio: si no nos leen en el periódico o la revista, no leerán nada. Anota en su artículo “El periódico moderno”:

Y la humanidad quiere saber, quiere devorar en una página la historia diaria del mundo, en los minutos que tarda el tren para llegar al paradero, en los momentos en que se puede hablar a solas con el alma, en la calle, en el paseo al cruzar una plaza, mientras no venga el negociante a conversar de números.

Entonces se saca del bolsillo el periódico del día, para saber cómo amaneció Bismarck, qué se desayunó el día anterior el emperador Guillermo, qué descubrimientos nos prepara Edison, cuál es la cifra que denota la baja de la plata y cuál es la que nos revela el alza del escándalo y de la criminalidad en los cafés y en las cantinas.

“¡El periodista crea para el olvido!”

De la obligación laboral como disciplina creativa. Gutiérrez Nájera, colaborador (entre otros de cuarenta diarios y revistas) de *El Porvenir*, *El Federalista*, *El Liceo Mexicano*, *El Nacional*, *El Renacimiento* (segunda época), *La República Literaria*, *El Mundo Ilustrado* y *El Partido Liberal*, escribe para imprimirle sentido a su vida y, de paso, a la sociedad. Su formación, como la de todos los escritores “periféricos” de consideración, es muy variada, en cuanto a idiomas, lecturas, temas. Aprecia la literatura italiana y la inglesa, y es un devoto del Siglo de Oro y de los clásicos de Grecia y Roma; sin embargo, en el largo paisaje utópico que es su crónica, el ideal es la cultura francesa y, a momentos, la moda parisiense. Nada excepcional en lo anterior salvo el apremio. En un ámbito donde el “afrancesamiento” es gran aprendizaje del proceso civilizatorio, se

convierte en traductor y en intérprete del significado creativo del “afrancesamiento”. Al proponerse el traslado admirativo de una sensibilidad, la francesa, ayuda a crear otra, ni enteramente distinta ni servilmente imitativa, en donde se observa lo que en muchos otros procesos culturales de México: lo mimético desemboca con frecuencia en lo original, el acto colonizado se redime y se vuelve aportación. Gutiérrez Nájera, como ninguno, sistematiza la noción de un mundo paralelo, donde París es el centro inexorable, y el “plagio” es observación minuciosa de otra cultura,

bocarán en lo idiosincrático, si tal cosa existe. De allí uno de sus elogios:

pasado ese período de nutrición en que se hallaban, formando su estilo paulatinamente como los mosaístas forman sus mosaicos, tomando el acero de aquel y el terciopelo de éste, asimilándose formas y pensamientos, los reos de plagio supieron establecer su poderosa individualidad y arrojaron sus viejos trajes y sus guantes rotos al charco cenagoso de las ranas (13 de agosto de 1881).

La deliberación en captar y reconstruir lo francés en otras tierras es, en Gutiérrez Nájera, no sólo el optimismo posible sino la estrategia de salvación de una cultura marginal. Por lo demás, él se considera, con el énfasis de la época, un galeote de la pluma, alguien que escribe para la ingratitud:

¡Y todo eso perdido... !!! ¡Todo ese talento ya apagado como el esqueleto del *castillo* que tan deslumbrantes cohetes lanzó al aire! ¡Allá en las colecciones de periódicos que encierran el pensamiento como en ataúd! ¡Allá en la memoria de los amigos que también se va apagando... ! ¡El periodista crea para el olvido!

Pero antes de que el olvido descienda, el periodista, en las condiciones más adversas, intenta transmitir la pasión literaria, que es misión personal y causa colectiva. Mientras se llega al libro, que la palabra en las publicaciones le dé forma a la sociedad, extraiga lo que importa de cultura, establezca el ánimo

justo del cosmopolitismo, incite al lector a ser otro sin moverse de su sitio. Nájera se confiesa:

¡No estoy solo! Fue mi nombre en el aire, como arrancada hoja de árbol, y no cayó en el mar ni en pozo entenebrido; ¡hubo una mano que lo recogió! ¡No se extinguió como el sonido, no se apagó como la luz, le abrigaron, le infundieron aliento, y vive aún! Pobre (nombre) es el mío; pero sería blasfemo si se quejara de la suerte; sería ingrato si no amase a los que, apiadados de la desnudez en que le vieron, hanle ataviado con las regias galas de ellos (En *El Partido Liberal* el 15 de enero de 1893).

En un nivel, que no toma en cuenta la necesidad de sobrevivencia, Gutiérrez Nájera podría ser calificado de *grafómano*, el enfermo del idioma que escribe sin límite para aliviarse en la expresión. Pero la grafomanía, además de característica personal, es un proyecto en última instancia educativo. Gutiérrez Nájera, marcado por lecturas, espectáculos, “el padecimiento de esa vida moderna”, y el culto frenético por la belleza, vive en una realidad de insuficiencia y apremios, donde al Progreso se le asume religiosamente y donde el Estado lo es todo porque es casi lo único que hay, en su calidad de única instancia capaz de auspiciar las carreras literarias:

Aquí, más que en ninguna parte, escribe el 15 de marzo de 1881, necesitamos de esa protección (de los gobiernos), porque aquí, menos que en ninguna parte, puede abandonarse la marcha de las cosas a la simple iniciativa individual. El gobierno le es todo y debe intervenir en todo. Nuestra sociedad es menor de edad y no puede manejarse, como la sociedad inglesa, por sí sola. Ahora pues, que la paz se ha cimentado y que la prosperidad comienza para México, es indispensable que el gobierno atienda con medidas justas y discretas al desenvolvimiento de las ciencias y las letras.

¿A qué sociedad atenderá el gobierno? A la que va surgiendo de intervenciones extranjeras y guerras civiles, segura de la enorme distancia que la separa de las metrópolis, seducida par-

cialmente por la antigua meta de lo castizo, dividida por las nuevas costumbres que resultan ser las genuinas ideas heterodoxas, azuzada por la empleomanía, convencida no sin quejas de que la corrupción es el motor cotidiano de la economía. Esta sociedad tiene ante sí, en primer término, el sentimiento de inferioridad que le provoca, un tanto paradójicamente, su renuencia al trabajo físico, y su dependencia de una teoría que no suele ir a lado alguno:

Una educación menos abstracta y más práctica, exenta de preocupaciones de nobleza, propia para desarrollar los músculos en el trabajo, nos salvaría de este aniquilamiento. Sobra inteligencia a los mexicanos para asimilarse todas las ideas e imitar con ventaja todas las industrias. Lo único de que carecemos es de voluntad. Conviene, pues, decir sin tregua ni descanso que no hay trabajo alguno que deshonre. Luego que el rico se resigne a encallecer las manos de sus hijos, poniéndolos en las fábricas y en los talleres, luego que se enseñe a los hombres, desde mozos, a ejercitarse en los trabajos, por duros que éstos sean; luego que se disminuya la dosis de conocimientos abstractos y se dé a la juventud un número más grande de nociones prácticas, podremos luchar ventajosamente con los americanos y con los alemanes y con los españoles. Es el único medio que nos resta para evitar nuestro aniquilamiento y salvarnos de la invasión (17 de agosto de 1883).

En el fragmento anterior, Gutiérrez Nájera es programático, consecuencia del didactismo entonces obligatorio, y acata el prejuicio generalizado, más sensación ideológica que idea: la minoría selecta lo es todo, las clases con ventajas económicas son la Nación definitiva. La juventud es aquella que ha estudiado, los mozos de la República son quienes pueden darse el lujo de no ejercitarse en los trabajos, por duros que sean. Y esta minoría, la que podría leer el texto, es la única realmente existente.

La sociedad debe elegir el modelo civilizatorio que más le importa. Gutiérrez Nájera ubica el gran peligro, la invasión de lo norteamericano:

Líbreme Dios de predicar, con el criterio estrecho de un mandarán chino, contra el aprendizaje de los idiomas extranjeros... Lo que combato, y seguiré combatiendo, es el prurito tonto que hoy tienen nuestros aristócratas de asemejarse en sus maneras y en su porte, a los *yankees*. Poco a poco, las diferencias nacionales disminuyen y se borran. No son los *yankees* los que vienen a nosotros: somos nosotros los que vamos a los *yankees*:

El Destino Manifiesto de que han hablado los profetas de la ley antigua y don Lucas Alamán, que es el profeta de las Leyes de Reforma, cuenta, para cumplirse, con la ayuda eficaz de esos intrusos elegantes que hablan en inglés al sastre y usan zapatos de siete leguas, no para recorrer ciudades y caminos con esa prodigiosa actividad del *yankee*, sino para enmohecerse en las esquinas de Plateros y bailar boston en los salones internacionales. La sociedad se americaniza visiblemente: huele a whisky. No adquirimos aún en este contacto de todos los días y todas las horas, el espíritu vigoroso y emprendedor del norteamericano; pero en cambio, sí tomamos la epidermis antipática de sus costumbres y sus usos. Dentro de poco, la sociedad mexicana se parecerá superficialmente a la sociedad de Estados Unidos, como la levita y el sombrero de copa puestos en la percha, figuran, vistos a media luz, el cuerpo de un hombre (En *La Libertad*, 23 de febrero de 1993).

La invención de París

Ante el *yankee*, modelo contiguo que es por lo mismo una fatalidad, Gutiérrez Nájera elige, programa y utopía, a París, ciudad que es recinto del espíritu y del afán de belleza, amén de las variedades de la moda. Con actitud que presagia la del porfirismo en su conjunto, Gutiérrez Nájera se inventa una ciudad perfecta y ejemplar, que va al teatro y se expande en los bulevares, un París de escritores y coristas, de monstruos del histrionismo y escenas de adulterio, de amor por Edgar Allan Poe y cognac degustado en los cojines de los carruajes. Es el París donde se agolpan los espectáculos que en México son recuerdos punzantes. Alguien le recuerda a Gutiérrez Nájera lo que ya no podrá ver, y él se exaspera:

¿Por qué entonces, un necio viene a hablarme de Sarah Bernhardt y de la Patti, a propósito de Miss Prevost? ¡Ése no ha leído al Dante: *Nessur maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria!* ¡Vierte un chorro de vinagre en mi copa de ajenjo! Me arranca de esta ciudad en la que ya he hecho un pacto amistoso con el fastidio, y me arroja, como un saltimbanco arroja a otro, a París, al *boulevard*; me deslumbra con los esplendores del gas que alumbraba la avenida de la Ópera, y, allá, otro Hércules de feria me ase la cintura, me lanza por el aire, y vengo a caer descoyuntado bajo un pálido y enfermizo foco eléctrico de la calle de Plateros! (En *El Partido Liberal*, 23 de octubre de 1887. En *Obras VI*).

Desde las puertas de La Sorpresa hasta la esquina del Jockey Club... Gutiérrez Nájera tiene a su disposición una geografía escueta, la pretensión social determinada por las instituciones que apenas se intuyen, algunas veladas inolvidables, el rumor de la marginalidad del país oído como desde lejos, el lujo de los almacenes y la gana de creer que todo puede ser distinto si se asume con rigor un modelo prestigioso. Ser francés, o mejor, ser parisiense, es para Gutiérrez Nájera algo muy sencillo: adoptar un ideal de belleza, decantarlo en las lecturas, convertirlo en el eje de la vida cotidiana y, luego, mediarlo con las realidades de la nación y de la cultura universal. Pero hay otras maneras de europeizarse en definitiva, y así parezca lo contrario, de modo más profundo. La imitación de costumbres, si se lleva al límite, tramita la nueva mentalidad. En una crónica, Gutiérrez Nájera describe los preparativos para el recital de la gran soprano Adelina Patti:

Entremos al teatro. En la calle se respira una atmósfera europea. Se oyen rumores de muelles nuevos, relinchos de caballos *pur sang*... Toda la *gomme* está de prisa. Apenas hay tiempo para ponerse el frac, arrancar el *paleiot* de la percha y correr al teatro. Esta noche no haremos estación en la puerta del Jockey. La cena se aplaza para más tarde. ¡Aprisa! ¡Aprisa! Los que van ajustándose al cuello indócil la corbata blanca tropiezan con las señoras que entran a La Profesa para dar gracias por el fin del año. Es la hora del *vermouth*, pero nadie, en el mundo

vlan, piensa en acercarse a las mesillas de mármol. Cuidemos, al atravesar las bocacalles, de no ser atropellados por un coche. Tras los cristales de cupés, *trois-quarts*, landós, se ven relámpagos de abrigos blancos, camelias rojas, pompones azules. Junto al pórtico del teatro mil curiosos se agrupan. Un boleterero está de frac. Dan tentaciones de darle la mano. Se oye el ruido de los *clagues* que se cierran, se ven innumerables brazos escabulléndose a toda prisa de las mangas de los *paletots*. Todo esto en medio de fru-frús de sedas, de cosquilleos de raso, de resplandores de diamantes. No se alza todavía el telón, pero es preciso apoderarse de las butacas o disputarlas, en último caso, florete en mano... (En *El Partido Liberal*, 4 de enero de 1887. Reproducido en *Obras VI*).

Si hay alguien programático, en el sentido del apego a un deber ser para la sociedad y al artista, ése es Gutiérrez Nájera. No es el único, desde luego. Construir una literatura nacional, crear un público, educar a una sociedad, son tareas que demandan criterios escrupulosamente definidos. La inspiración está bien, desde luego, pero la inspiración necesita de diques, de un largo entrenamiento y una moral estricta: Gutiérrez Nájera, que abomina de la prédica, exalta la guía de un teatro que pinte lo que existe y oponga la virtud al vicio.

Yo soy muy partidario de las obras morales y enemigo rabioso de los enredos obscenos y de los naturalismos crudos. Pienso que si la tendencia decente y moralizadora no debe ser la que primero inspire alguna fábula dramática, sí, cuando menos, es a todas luces preferible aquella obra que aúna a la belleza del pensamiento estético la moralidad de la lección que entraña.

En última instancia, como José Joaquín Fernández de Lizardi, Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez y Justo Sierra, Gutiérrez Nájera se apega a un dogma: la forja del público (lector o teatral) edifica a la nación civilizada. Y por eso, no con esas palabras, sí con esa intención, Nájera imagina una nación de butacas, el país como el teatro, la sociedad como el público que, desde los palcos que son logros y tendencias, asiste a lo que sea con ánimo de estudiante. Y en el caso del

Duque Job la teatralización de la experiencia humana, es hecho al que llevan las obligaciones periodísticas y la noción de la ciudad ideal. Esto, sin descontar las referencias amargas. No hay contradicción entre el magisterio de multitudes y las sensaciones de asfixia y abandono del creador individual. Sufrir la injusticia es parte de una misión pedagógica tan elevada que Gutiérrez Nájera, sin viajar, le refiere a sus lectores la escena francesa y, sin erigirse en conciencia, señala la norma:

Vamos al teatro. Un problema ante todo: ¿voy de frac? Yo veo con pena ese completo olvido de las leyes de la etiqueta que domina en México. Ya vamos al teatro como quien va a una gira campestre en Tacubaya. Fulano lleva el traje de montar, con sus calzoneras, su botonadura de plata, el sombrero ancho acaso, acaso las espuelas. Zutano que no tiene nada que hacer y pasa el día en la carrera de San Francisco, olvidó que diesen betún a su calzado. Todo lo vamos volviendo de confianza: comenzamos por el traje, seguimos por las palabras, concluiremos por las acciones. Nos hemos perdido el respeto mutuamente. No, no voy de frac, me expondría a que me diesen una plaza en el regimiento de los quince. Tomo, pues, los guantes, y al teatro (Del 18 de enero de 1880).

Pese a su afirmación altanera (“Yo no he tenido nunca programa”), Gutiérrez Nájera se obstina en su paradigma: a lo nacional por lo universal, a México por la vía de lo francés. Por eso sitúa en París su interesantísima novela *Por donde se sube al cielo* (1882); por eso la mayoría de sus cuentos intentan de alguna manera ser crónicas parisienses, como “Aventuras de Manon (Recuerdos de ópera bufa)”.

Después de cenar me puse a tararear un vals de Metra, y salí al balcón para tender mi vista de águila sobre la ciudad. Por fin, el Ayuntamiento se había decidido a disipar las sombras. ¡Y de qué manera! Los grandes focos de la luz eléctrica, puestos entre la Plaza Principal y la Alameda, parecían perlas enormes iluminadas adentro con los ojos de las mexicanas. Desde el balcón podía mirar la parte superior de las fachadas y el bronce de los

vistosos barandales. En el término de la Avenida se dibujaban los árboles de la Plaza Principal peinados eternamente a la Ca-poul. Pero, ¡qué soledad y qué silencio abajo! Las noches de México son más tristes que *Las noches* de Young. Parece que ha pasado por la ciudad ese judío errante que se llama el cólera, o que está en víspera de una gran batalla. No hay luz en los balcones. Todos juegan o duermen al ajedrez, el más insoportable de los juegos. ¿Qué harán aquí los hombres que no están casados? Yo pensé que eran ya las tres de la mañana. Cerré el balcón, y momentos después cerré los ojos. Eran las nueve y media de la noche.

El trazo utópico, difícil y quizás inevitable, es el de un autor en condiciones premiosas, bajo la presión de la entrega de artículos, el gusto por el ajeno y las tertulias literarias. Gutiérrez Nájera, en un ámbito reducido, se concibe como el gran registro público, y así lo describe Salvador Novo en su evocación:

del que este hombre cuyo itinerario podemos imaginar que consistiera en ir de su casa —en la Monterilla, hoy Cinco de Febrero— por Plateros hasta Vergara, el Colegio de Niñas, la calle de las Damas a escribir o a entregar su artículo, y de vuelta acaso por el Coliseo, el Café de la Concordia, en camino al Teatro Nacional; a los trasnochadores billares de Iturbide; alguna vez toma un tranvía, o un coche; y entonces, sus ojos observan y absorben; y su pluma nos deja descripciones vívidas, rápidas, firmes, de la ciudad.

“Mi inteligencia es un estado sin alhajas”, asegura Gutiérrez Nájera. La humildad en su caso depende del papel asumido del cronista en una sociedad delimitada por sitios como instituciones: la peluquería de Micoló, el Hipódromo de Peralvillo, el baile en Chapultepec, La Concordia, el Jockey Club, las tiendas de la viuda Genin, Messer, Zepeda; los billares de Iturbide, y los teatros. En sus niveles altos, lo que siempre ocurre, pero aquí con la fuerza del autoconvencimiento a la francesa, la sociedad ya se considera espectáculo, al menos mientras asiste al teatro y a la ópera. Y lo degradado del público es para el cronista lo degradado de la sociedad. Esto ve Nájera en la zarzuela:

El hecho es que el público, siguiendo el movimiento, maúlla, berrea y gruñe en el teatro. La gran piara humana se alborota. Y en rigor de verdad, ninguno sabe lo que pide. Este público silba o aplaude sin darse cuenta de lo que hace, como exponen los indios su vida por defender la Constitución de 57, a reserva de exponerla en otra ocasión por salvar los principios reaccionarios. El empresario debía poner en los programas una advertencia parecida a la que cierto amigo profesor puso en su cátedra: Se suplica a los concurrentes que traigan la poca educación que les hayan dado en sus casas (En *La libertad* 29 de julio de 1883).

Y el cronista se exacerba ante la necesidad de moralizar, algo indispensable en la relación con los lectores, y con la necesidad de exhibir lo que sucede si la imitación de lo parisien- se cae en malas manos:

Cuando el desenfreno llegaba a su colmo, se pedía vociferando el *dessus du panier* esencia del can-can. Mas, para eso, era preciso pagar caro el placer. La autoridad penaba con una multa de veinticinco pesos aquel baile. Las multas son altamente inmorales: expenden el delito a precios fijos. En menos de diez minutos se reunía entre los concurrentes la suma de la multa, y ya provisto de ella el empresario, daba su consentimiento para el baile. Los cuellos se tendían desmesuradamente; los sarapes caían al suelo; inmensos estallidos de salvaje regocijo contestaban a las piruetas imbéciles de las bailarinas; las nuca se enrojecían como las de un bebedor de cerveza, y el observador sensato no atinaba a decidir qué era más asqueroso y repugnante, si el descaro y desvergüenza de las que estropeaban el tablado, o el cinismo y brutalidad de los espectadores (En *El Cronista de México*, 4 de diciembre de 1880).

Gutiérrez Nájera es hiriente al extremo con quienes afrontan su ideal y postergan su utopía. El ciudadano del mundo en gustos y actitudes, es también el aquilatador de espectáculos. Pero, en la visión najeriana, el *flanneur* de Baudelaire es teatrófilo y tandófilo, y localiza a la calle en el *fluir* escénico, como si la calle, el ágora en su pleno sentido, sólo resultase un

juego de virtuosismos, telones y aplausos. El cronista ama la ubicuidad porque de esta manera no se le escapará ningún hecho, ningún fracaso monumental o éxito delirante. En el teatro se vive a la ciudad que será la nación; allí los valores del chisme y de la vida y de la historia y de la sensualidad permitida se subordinan a la apoteosis escénica:

Hágome *tour de boulevard* por la tarde, mirando pasar a las cien vírgenes en sus carruajes y landós, y el amigo que me acompaña, en vez de referirme del pe al pa la crónica escandalosa, los amores frustrados, los casamientos en embrión, la marcha progresiva del minotauro y otras cosas tan edificantes como éstas, me charla, sin tenerse ni un momento, de los ojos de la señorita Rizzi, de la boca de la Zipilli, del *do* de Colombana y de los *broderico* de la Peralta.

Pero señor, ¿qué es esto? ¿No hay en México más que ópera? Hablemos de González, de Benítez, de Vallarta, de la crisis ministerial, de la campaña de Tepic, de las intenciones del presidente, de la carta de Zamacona, del incendio de Mascota, de política, de ciencias, de artes, del salón de 1879, de la crítica de Altamirano, de los paisajes de Coto, de los caprichos de Ocaranza... Nada, nada, el hecho es que yo mismo al cenar por la noche en La Concordia, me olvido de todas estas zarandajas, y lo primero que digo al oficioso es lo siguiente: ¿Viene usted de la ópera? (18 de enero de 1880).

El personaje Gutiérrez Nájera, librado al vértigo de las dos colaboraciones diarias, cree necesariamente en la inmortalidad. Necesariamente porque a las creencias religiosas (inescapables entonces), los artistas añaden la fe en la sobrevivencia de lo escrito, el único exorcismo que oponerle a la condición de escritor en país marginal. De allí la afirmación rebelde y ostentosa del inicio de "Non omnis moriar", su gran poema:

No moriré del todo, amiga mía,
de mi ondulante espíritu disperso
algo en la urna diáfana del verso
piadosa guardará la poesía.

La obligación de persistir también afecta su tarea periodística. Gutiérrez Nájera se considera testigo de excepción de una sociedad que se afirma en tanto sigue a su modelo, ya parecida en diversos rasgos a la parisiense, y a punto de estrenar *mundanidad*, el antecedente del cosmopolitismo. Y el teatro, la calle, la melancolía, el *spleen*, el gozo de la palabra, las compensaciones del ajeno, la ilusión de vivir simultáneamente en la porción ideal (utópica) de París y de México, le permiten a un escritor gastarse y recuperarse en las noches, en vela *mientras, tendidas en la egipcia alfombra, / sus crócalos agitan las mujeres.*

“Luego, tus manos oprimiendo el pecho...”

En el diseño utópico de Gutiérrez Nájera la poesía ocupa el centro, pero un centro no sujeto a la democratización como la crónica, sino a la conquista individual que es tarea de toda la vida. Hay que merecer ese altivo goce del Espíritu, sería su conclusión, leer poesía, escribir poesía. Nájera, que llega a ser diputado por Texcoco, defiende sin embargo a la poesía de la política. Escribe: “Yo deploro oír a Díaz Mirón en el Congreso. La poesía es un barco que se incendia: todos los poetas se arrojan al agua o —lo que es lo mismo— a la política. Y la política, astuta y perversa, retiene para siempre a los que caen en sus tupidas redes”. Y en su poesía, Nájera no es el personaje más bien unívoco de las crónicas, y se divide en nostalgias, melancolías, juegos técnicos, escenarios en donde la mujer ocupa sitios lánguidos y brumosos. El *spleen* es para él un tedio activo, el crepúsculo legendario donde el amor físico se disuelve en símbolos. El placer se amerita en su descripción y el erotismo es también, y muy fundamentalmente, un deleite verbal:

Las fragantes rosas
mustias se vuelven, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba

baja del monte. Los placeres todos
duermen rendidos...

En mis brazos flojos
Cintia descansa.

De "Última necat"

En varios de sus poemas, Gutiérrez Nájera equipara el ritmo de la palabra con el funcionamiento de la sociedad, sus hallazgos y desencuentros, su manera ideal de proceder, como por ejemplo y de manera notable en "La duquesa Job", el primer gran poema modernista mexicano, según Luis Miguel Aguilar, y en donde la meta última (ser como parisienses) conoce su desbordamiento:

No tiene alhajas mi duquesita,
pero es tan guapa, y es tan bonita,
y tiene un cuerpo tan *v'lan, tan pschutt*;
de tal manera trasciende a Francia
que no la igualan en elegancia
ni las clientes de Hélène Kossut.

Y este uso de la poesía como ritmo de la sociedad le será indispensable a las generaciones de latinoamericanos que memoricen "Para un menú":

Las novias pasadas son copas vacías,
en ellas pusimos un poco de amor;
el néctar tomamos... huyeron los días...
¡Traed otras copas con nuevo licor!

En un momento dado, la utopía básica de Nájera (la sociedad se renueva para adquirir la personalidad civilizada) se interrumpe y niega el tono de sus crónicas. El contrapunto de lo mundano es aquello que sólo la poesía describe, la irreductible soledad:

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;

donde parezca un sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

En última instancia, el proyecto utópico de Gutiérrez Nájera se concentra en la sensación que divulgan la mayoría de sus crónicas, la de la felicidad a pesar de todo, la felicidad de difundir una cultura canónica, de hacer amplio uso de esa calle perfecta que es el teatro, de dar noticia de estrenos y cantantes y modas y horribles puestas en escena. La crónica, en manos de Gutiérrez Nájera, es arma informativa y formativa: esto ha sucedido, así deben entender esta escena, así deben incorporarla a la vida. A cien años de su muerte, sus crónicas nos entregan un retrato, de ninguna manera el único pero sí el más coherente, de las aspiraciones, los deleites, los caprichos y las contrariedades de una sociedad, la porfirista, que se sintió llamada a eternizarse en el único espejo de la frivolidad.